

LA VIRTUD DE LA HUMILDAD EN TOMAS DE AQUINO

Introducción

El tema que he elegido para esta XLVII Semana Tomista es la virtud de la humildad en Santo Tomás de Aquino, desde una perspectiva, principalmente teológica y espiritual.

Aclaro que está muy lejos de mi intención pretender hacer algún aporte novedoso o valioso en esta materia, pues no tengo ninguna competencia para ello, no soy teólogo y menos aún un entendido en la ciencias de la vida espiritual, tampoco soy un filósofo, soy sencillamente un laico casado, ya mayor, con varios hijos y nietos, abogado, con algunos conocimientos de filosofía y en particular de filosofía del Derecho, asignatura del cual soy profesor en esta Universidad desde hace ya más de 45 años, y en la cual tuve la suerte de tener tres grandes maestros, (aunque muy pobre ha resultado el alumno), también profesores de esta Universidad, como lo han sido los Dres. Juan Alfredo Casaubon, Guido Soaje Ramos y Bernardino Montejano.

Agradezco pues a los que han tenido la delicadeza de aceptar esta ponencia, que sólo pretende ser una sencilla lectura espiritual de Santo Tomas de Aquino y de lo que nos enseña acerca de la virtud de la humildad, en sus textos más conocidos y en algunas de sus fuentes.

Debo confesarles que esta lectura, durante todo este tiempo ha sido para mí, más que una fuente de conocimiento, una forma de rezar a Dios Nuestro Señor, no tanto para hablarle, sino más bien para tener la dicha de escucharlo, de poder saborear su palabra en un gozoso silencio, ¡cuanto más!, teniendo como vocero e intermediario al Doctor Angélico.

Aquel que según cuenta la tradición, “un día mientras oraba ante el crucifijo ***preguntó preocupado al Señor sí cuánto había escrito sobre los misterios de la fe cristiana era correcto y el Crucifijo respondió: “Tomás has hablado bien de mí. ¿Cuál quieres que sea tu recompensa?” Y Tomás respondió: “¡NADA MÁS QUE TU SEÑOR!” Cf. Benedicto XVI, Audiencia general, 2-6-2010)***

La virtud de la humildad

Comencemos pues a hablar de la virtud de la humildad, que se ubica en el contexto de las virtudes morales principales o cardinales, en este caso de la virtud de la templanza, que el Santo Doctor trata de forma sistemática en la Secunda Secundae, c.c. 141-170 de la Suma Teológica (1)

Previamente, conviene recordar, para una mejor ubicación de la humildad dentro del gran cuadro de todas las virtudes que Santo Tomas distingue: a) las virtudes teologales; b) las virtudes morales infusas; c) los Dones del Espíritu Santo; d) las virtudes intelectuales y e) las virtudes morales cardinales.

Dentro de las virtudes morales cardinales ó principales, existen virtudes secundarias, que se distinguen ó dividen en **partes integrales**, **partes subjetivas** en razón de su objeto y **partes potenciales** por cuanto no cumplen estrictamente con las exigencias esenciales de la virtud principal.

Para Santo Tomás **La humildad** es parte de la virtud de modestia; y la modestia es parte potencial de la virtud principal de la **templanza**, moderadora por exceso o por defecto de las pasiones y de los placeres sensibles, principalmente del tacto y del gusto.

Explica Tomas que, así como la mansedumbre reprime la pasión de la ira, la humildad modera en su justa medida la pasión de la esperanza, entendiendo esta última como aquella que tiene por objeto un bien arduo y grande difícil de alcanzar o adquirir. En este sentido, la esperanza importa una cierta confianza en uno mismo y en su propia excelencia y en la posibilidad de alcanzar el bien arduo y difícil que se pretende. De manera que la humildad trata de la esperanza, y también de la confianza en uno mismo como algo ligado a la esperanza.

Podríamos definirla con Santo Tomás como aquella virtud derivada de la templanza que nos inclina a cohibir el desordenado apetito de la propia excelencia, dándonos el justo conocimiento de nuestra pequeñez y miseria principalmente con relación a Dios. (2)

Intentemos explicar esta definición en cada una de sus partes:

(1) La lectura del Tratado de la templanza de Santo Tomás y en particular la cuestión de virtud de la humildad y de su vicio contrario la soberbia, es una síntesis perfecta de toda la tradición cristiana junto con lo valioso y rescatable del pensamiento clásico, especialmente de Aristóteles, en la Ética Nicómaco y de Cicerón en De officiis. La Sagrada Escritura es extensamente citada en el tratado, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, especialmente, los Salmos y las Cartas de San Pablo como así también numerosas citas y meditaciones de los Santos Padres, entre otros, Orígenes, San Ambrosio, San Jerónimo, San Gregorio, San Juan Crisóstomo, Dionisio el Areopagita y San Isidoro. Sobresale por sobre todo el genio de San Agustín, el más citado y cuyas sentencias lapidarias sobre la humildad y sobre la soberbia fueron largamente meditadas por el Angélico, en muchas de sus obras, entre otras: De moribus Ecclesie catolicæ et manichæorum; De libero arbitrio; De doctrina christiana; Confesiones; De bono coniugali; De sancta Virginitate; De Génesis ad litteram libris XII; De Civitate Dei, Epistola citada como la Regla, De Poenitentia y De Natura et Gratia. A ello, cabe agregar San Benito donde Santo Tomas trata acerca de los doce grados que aparecen en su Regla y San Bernardo en De gradibus humilitatis et superbiae, Patrologia Latina 182, 941-972. Cabe destacar por otra parte que toda esta temática es también desarrollada por Santo Tomás, en otras de sus obras, en especial en las Cuestiones Disputadas y en el De Malo.

(2) Rvdo. Royo Marín, Antonio OP, Teología de la Perfección Cristiana, Tomo II, pág., 567, IV Edición, BAC, Madrid, 196

a) Una virtud derivada de la templanza

Una virtud, porque nos inclina a algo bueno y excelente (161,1). Y derivada de la templanza -a través de la modestia-, porque lo propio de ella es moderar el apetito de la propia grandeza, y toda moderación cae bajo el campo de la templanza, (161,4) lo que no impide que

la humildad resida en el apetito irascible (a diferencia de la templanza, que reside en el concupiscible), ya que se refiere a un bien arduo y difícil de alcanzar. La diferencia de sujeto en nada compromete su coincidencia en el modo formal, que consiste en moderar o reprimir (161, 4 ad 2)

b) que nos inclina a moderar el apetito de grandeza

Lo propio de la humildad no es empujar hacia arriba (como la magnanimidad), sino más bien hacia abajo, lo que no establece antagonismo o contradicción entre esas virtudes aparentemente opuestas, puesto que las dos proceden según el recto orden de la razón, desde puntos de vista diferentes.

c) el desordenado apetito de la propia excelencia.

Esta es precisamente la definición de la soberbia, vicio contrario a la humildad.

d) Dándonos el justo conocimiento de nuestra pequeñez y miseria.

Ante todo, la humildad es luz, conocimiento, verdad; de ningún modo negación o reproche de las buenas cualidades que se hayan recibido de Dios.

Por eso nos dice admirablemente Santa Teresa de Ávila que la humildad es ***“andar en verdad”***

Y agrega la Santa española:

“Una vez estaba yo considerando por qué razón Nuestro Señor era tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, ésto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira.

A quien más lo entienda, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Pidamos a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén” Moradas, 10, 7.

Y a propósito de la oración, continúa

“Todo este cimientito de la oración va fundado en humildad, y mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin” Vida, 22, 11.

Desde estos planteamientos, ***“andar en verdad”***, como bien dice el valenciano Maximiliano Herraiz “más que una cuestión moral, alimentada por una determinada concepción religiosa, por muy entrañada en la vida que se presente, es además un proble

ma ontológico, algo que define a la persona y, por tanto, algo en que ésta se juega su vocación trascendente, de referencia constitutiva a un TU fundante, de principio y fin. En otros términos “El hombre es más que sí mismo. Su "medida" es Dios. (3) Por eso como nos enseña Teresa:

“Basta decir su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del alma” (M 1,1).

Afirma además el gran filósofo alemán Joseph Pieper: “No se encuentra ninguna frase en todo Sto. Tomás que dé pie a pensar que la humildad pueda tener que ver con una constante actitud de auto reproche, con la depresión del propio ser y de los propios méritos o con una conciencia de inferioridad”.

“La humildad no solo no es contraria a la magnanimidad, sino que es su hermana gemela y compañera, ambas están a mitad de camino igualmente distantes de la soberbia y de la pusilanimidad (2-2, 162, 1 ad.3), **principalmente con relación a Dios**” (4).

Santo Tomás, en la misma línea de toda la tradición cristiana anterior nos enseña cual es el fundamento último de la humildad, su aspecto más entrañable y profundo:

La humildad principalmente importa la sujeción y reverencia del hombre a Dios, (161,2 ad 3) haciéndonos conocer por un lado nuestra nada, nuestra miseria y pequeñez frente al Él y por el otro, ese mismo conocimiento hace nacer en nuestra corazón un enorme sentimiento de gratitud, al tomar conciencia de que todo lo que somos, todo lo bueno que tenemos, hasta la cualidad más insignificante de nuestro ser y todo el bien que hacemos es un regalo de su Infinito Amor, que nos ha creado y nos conserva a su imagen y semejanza todos los días en la existencia.

(3) Herraiz, Maximiliano, La humildad es andar en verdad, pág. 243, Revista de Espiritualidad Nro. 199, abril-junio, 1991, Madrid.

4) Pieper, Joseph, Virtudes Fundamentales, La humildad y la soberbia, pág. 276 y sgtes. ,6ta ed., Editorial Rialp, Madrid, 1998

Por eso, para Santo Tomás, la humildad no es en primer término una forma de relacionarse con los demás, sino una forma determinada de estar en presencia de Dios.

Lo mismo ocurre con su vicio contrario la soberbia, el apetito desordenado de la propia excelencia que tampoco es primariamente una forma de portarse con los demás sino ante todo una postura ante Dios.

El soberbio niega fundamentalmente la sujeción y reverencia del hombre a su Creador, niega la dependencia de Dios como criatura. Ese carácter de criatura que la soberbia niega y destruye, dice Pieper es afirmado y mantenido por la humildad.

Si ese carácter creacional del hombre, ser hechura de Dios es lo que constituye su esencia, la humildad en cuanto sometimiento del hombre a Dios (2-2-, 162) es la aceptación de su realidad primera y definitiva. (5)

La humildad para con el prójimo

Dice Santo Tomás, con palabras tan sencillas como profundas: "Cada cual debe reconocer ser inferior en lo que tiene de sí mismo y a lo que los demás tienen de Dios"

Como afirma el P. Garrigou Lagrange OP, "Al considerar que por nosotros mismos no somos nada, que sólo es nuestra la pobreza, nuestros defectos y miserias, podemos darnos cuenta que todas esas cosas, que proceden de nosotros mismos, son muy inferiores a cualquier don que los demás puedan haber recibido de Dios tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia"(6). Por eso, frente a las ofensas y pecados de los otros, de los cuales muchas veces somos propensos a escandalizarnos, PIENSO HOY MUY ESPECIALMENTE EN MI CASO, que como muy bien dice San Agustín, debemos pensar y repetir: "No hay pecado ni crimen cometido por otro hombre, que yo no sea capaz de cometer, por razón de mi fragilidad; y si aún no lo he cometido, es porque Dios, en su misericordia, no lo ha permitido y me ha preservado en el bien. Y a El hemos de dar gloria y decirle con el salmista: Crea en mí, Señor, un corazón puro y un espíritu recto. Conviérteme y seré convertido. Ten piedad de mí, que tan pobre y miserable soy" (7)

La necesidad e importancia de la humildad

(5) Pieper, Joseph, op. citada, pág., 280

(6) R. Garrigou Lagrange OP, Las tres edades de la vida interior: Preludio de la del cielo, pág. 460, Desclee Brower, 3ra ed., Buenos Aires, 1980.

(7) San Agustín, Confesiones, 2, 7

Santo Tomás considera a la humildad como fundamento de las demás virtudes en cuanto remueve el obstáculo de toda virtud., En este sentido sostiene, "la humildad ocupa el primer puesto, expulsa a la soberbia a la que Dios resiste y hace al hombre someterse al influjo de la gracia divina, desvaneciendo toda clase de soberbia, pues como enseña Santiago: "Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes". Tal es el modo, concluye como la humildad tiene razón de fundamento de todo el edificio espiritual Cfr. S. Th., II-II, q. 161, a. 5, ad 2)

Por esa sola razón sostiene Garrigou Lagrange, la humildad es considerada por toda la tradición cristiana como el fundamento de la vida espiritual, en cuanto da muerte a la soberbia, que, como dice la sagrada Escritura, es el principio y fuente de todo pecado, puesto que nos aleja de Dios. Y continua el gran teólogo: El acto propio de la humildad consiste en inclinarse hacia la tierra, que en latín se dice humus; de ahí el nombre de esta virtud. Dejando a un lado la metáfora, en definitiva, su acto propio consiste en inclinarse delante de Dios y de todo lo que hay de Dios en las criaturas (8)

Pero en definitiva ¿porque la humildad es tan importante?

Porque como enseña San Agustín, hay dos Ciudades:

“Una Ciudad de Dios, cuyos ciudadanos deseamos nosotros ser, movidos por el amor que nos inspiró su mismo Fundador. A este Fundador de la Ciudad santa anteponen sus dioses los ciudadanos de la Ciudad terrena, ignorando que Él es Dios de dioses, no de dioses falsos, esto es, impíos y soberbios. CD XI, 1, la Ciudad de Dios”.

“Porque el principio de todo pecado es la soberbia. Y ¿qué es la soberbia sino el apetito de un perverso encumbramiento? El encumbramiento perverso no es otra cosa que dejar el principio al que el espíritu debe estar unido y hacerse y ser, en cierto modo, principio para sí mismo”.

“Ciertamente es bueno tener el corazón hacia arriba, pero no hacia sí mismo -lo que es propio de la soberbia-, sino hacia Dios, lo cual es propio de la obediencia, que no puede ser sino de los humildes. Levanta así la humildad de un modo maravilloso el corazón, y la soberbia lo abate”.

“Puede parecer un contrasentido que la elevación rebaje y la humildad ensalce. No, la humildad religiosa somete a uno al superior, y nada hay más alto que Dios; por eso enaltece la humildad, porque nos hace súbditos de Dios. En cambio, la elevación es un vicio precisamente por rehusar la sumisión, alejándose del que ya no tiene algo superior, y por eso se abaja más, cumpliéndose lo que está escrito: Los derribaste cuando más se elevaban. CD XIV, 13, 1, 2”

(8) R. Garrigou Lagrange OP, obra cit. pág 463.

Es que, en definitiva, fuimos creados y vinimos al mundo para elegir entre esas dos Ciudades, pues Dios dotó al hombre de libertad, por lo que si así lo queremos podemos abandonar a Dios, es decir, nuestra felicidad, cayendo entonces en la desgracia o por el contrario, inclinarnos amorosamente ante Él para adorarlo y servirlo.

Porque, como resume bellamente el Obispo de Hipona:

“Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloría en sí misma; la segunda se gloría en el Señor. Aquella solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia. Aquella se engríe en su gloria; ésta dice a su Dios: Gloria mía, Tú mantienes alta mi cabeza. La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo. Aquella ama su propia fuerza en los potentados; ésta le dice a su Dios: Yo te amo, Señor; Tú eres mi fortaleza” CD XIV, 28

Jesucristo, modelo incomparable de humildad.

El mismo Cristo nos invita a poner los ojos en Él cuando nos dice con tanta suavidad y dulzura: **“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11,29).**

Todas las etapas de su vida dice Royo Marín fueron un modelo incomparable de humildad: **a) en su vida oculta**, su nacimiento en el pesebre, de noche junto a los pastores y los animales, pues “no había lugar para ellos en el mesón” y “los suyos no le recibieron”, su vida obscura en Nazaret como obrero manual, casi desconocido y en silencio, **b) en su vida pública**: elige sus discípulos entre los más ignorantes y brutos, busca y prefiere a los pobres, a los pecadores, a los niños, a los enfermos y afligidos, predica con sencillez y sin ninguna ostentación y c) **en su Pasión**: Domingo de Ramos, solo un burro y unos ramos de olivos, la gente humilde que lo aclama y los fariseos y poderosos que despotrican contra Él, Judas el amigo, lo entrega y lo traiciona, Getsemaní, es abandonado por sus discípulos, el Rey eterno fracasado, azotado, golpeado, escupido, mancillado, con una corona de espinas en su cabeza, tratado como un loco, ¿no eras el Hijo de Dios? le dicen, mientras se burlan y se ríen a carcajadas. Y el solo contesta antes de morir: **“Padre: *Perdónalos porque no saben lo que hacen*” (9)**

(9) Revdo. Royo Marín, Antonio OP, obra cit., Tomo II, pág. 574

Conclusión

Nos decía el gran Papa Benedicto XVI en febrero de 2012 acerca de la virtud de humildad, citando a San Pablo en el Capítulo dos de la Carta a los Filipenses, **““Cristo, siendo de condición divina, se humilló, aceptando la condición de esclavo y haciéndose obediente hasta la cruz” (cf. Flp 2, 6-8).**

Y continuaba: “Este es el camino de la humildad del Hijo que debemos imitar. Seguir a Cristo quiere decir entrar en este camino de la humildad”.

“Lo contrario de la humildad es la soberbia, como la razón de todos los pecados. La soberbia es arrogancia; por encima de todo quiere poder, apariencias, aparentar a los ojos de los demás, ser alguien o algo; no tiene la intención de agradar a Dios, sino de complacerse a sí mismo, de ser aceptado por los demás y –digamos- venerado por los demás. El «yo» en el centro del mundo: se trata de mi «yo» soberbio, que lo sabe todo”.

“Ser cristiano quiere decir superar esta tentación originaria, que también es el núcleo del pecado original: ser como Dios, pero sin Dios; ser cristiano es ser verdadero, sincero, realista”.

“La humildad es sobre todo verdad, vivir en la verdad, aprender la verdad, aprender que mi pequeñez es precisamente mi grandeza, porque así soy importante para el gran entramado de la historia de Dios con la humanidad”.

“Precisamente reconociendo que soy un pensamiento de Dios, de la construcción de su mundo, y soy insustituible, precisamente así, en mi pequeñez, y sólo de este modo, soy grande”.

Esto es el inicio del ser cristiano: vivir la verdad. Y sólo vivo bien viviendo la verdad, el realismo de mi vocación por los demás, con los demás, en el cuerpo de Cristo. (10)

Juan Marcos Pueyrredon

(10) Benedicto XVI en «Encuentro del Santo Padre con el clero de Roma por el inicio de la Cuaresma» En el aula Pablo VI, el jueves 23 de febrero de 2012.

La Virtud de la Humildad en Tomas de Aquino

Se estudia el tema de la virtud de la humildad en Santo Tomás de Aquino, desde una perspectiva, principalmente teológica y espiritual y se trata de mostrar como su pensamiento acerca esta fundamental virtud, que es parte de la virtud de la templanza es una síntesis perfecta de toda la tradición cristiana, las Sagradas Escrituras, los Santos Padres y muy especialmente el genio de San Agustín, junto con lo valioso y rescatable del pensamiento clásico, especialmente de Aristóteles y de Cicerón, corregido y mejorado con enorme originalidad por el Doctor Angélico

La humildad, es para Santo Tomás fundamento de todas las demás virtudes, pues remueve el obstáculo de toda virtud y principalmente importa la sujeción y reverencia del hombre a Dios, (161,2 ad 3) haciéndonos conocer por un lado nuestra nada, nuestra miseria y pequeñez frente al Él y por el otro, ese mismo conocimiento hace nacer en nuestra corazón un enorme sentimiento de gratitud, al tomar conciencia de que todo lo que somos, todo lo bueno que tenemos, hasta la cualidad más insignificante de nuestro ser y todo el bien que hacemos es un regalo de su Infinito Amor, que nos ha creado y nos conserva a su imagen y semejanza todos los días en la existencia. Por otra parte al “considerar que por nosotros mismos no somos nada, que sólo es nuestra la pobreza, nuestros defectos y miserias, podemos darnos cuenta que todas esas cosas, que proceden de nosotros mismos, son muy inferiores a cualquier don que los demás puedan haber recibido de Dios tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia.

Juan Marcos Pueyrredón

El autor es abogado por la Facultad de Derecho y de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina (año 1976). Ex Secretario Académico de dicha Facultad, Profesor Protitular Ordinario de Filosofía del Derecho y de Ética Profesional en la misma Facultad y Ex Profesor Adjunto la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en la cátedra del Dr. Juan Alfredo Casaubon. Ex Becario investigador del CONICET en el Instituto de Filosofía Práctica, bajo la dirección del Dr. Guido Soaje Ramos. Tema de investigación: “La noción de servicio público y sus implicancias filosóficas”. Ex Secretario del Foro de Administración de Justicia (FORES). Miembro de la Academia del Plata y de la Corporación de Abogados Católicos San Alfonso María de Ligorio.

Correo electrónico: jmarcospuey5@gmail.com